

La Pedagogía española de la Edad Moderna

tiene un valor europeo

Nuestros pedagogos en el extranjero

En el balance de valores que cada país aporta al acervo de nuestra civilización, es tradicional y ha venido a ser un tópico europeo, que España tiene un saldo pasivo en todas las manifestaciones de la vida científica, concediéndonos un papel importante como país generador de artistas eminentes, y el oído más lastimoso para cuanto se refiere a nuestras aportaciones a la investigación universal.

No estoy autorizado para rebatir esa tesis dolorosa en terrenos como la Medicina, las Ciencias naturales, la Geografía, la Historia o las Ciencias exactas. Una intuición, que pudiera hacer engañosa mi fe de español, me dice que esa opinión, no contra la ciencia española, sino contra la existencia de esa ciencia, es un mal tan grave, que siendo injusta como la creo, toda reacción de la España activa contra ese desprecio de nuestros más caros prestigios nacionales, será poca, ya que en la colectividad como en el individuo, las manchas del espíritu interesan y dañan mucho más que las deformidades del cuerpo; y al negarnos todo valor científico y filosófico, nuestro espíritu maduro por una larga historia y acaso viejo por las pesadumbres de una luenga vida espiritual, aparece ante el mundo como el de un niño envejecido, detenido en su desarrollo por una parálisis explicada por nuestros grandes hombres, unas veces por causas históricas, otras por razones climatéricas, ya por fanatismos, ora por ineptitudes raciales y siempre con esa ofensiva frase para todo español consciente, cuyo significado nadie conoce y que se encierra en la fórmula de «Cosas de España».

La Pedagogía no podía constituir una excepción en la nomenclatura general de la ciencia, dándonos una idea clara del desvío de Europa por nuestras ideas pedagógicas, el hecho que subleva toda conciencia española, de que en los libros extranjeros que historian la educación universal, el nombre de Luis Vives, para no citar más que un ejemplo, o no se nombra, o si se hace es con tan ligero detenimiento, que apenas le dedican el espacio acostumbrado al tratar de figuras de cuarto o quinto orden de

otros países. Y sin embargo, Vives inspiró en parte a los grandes pedagogos del renacimiento, fué una de las figuras próceres de aquel luminoso periodo de nuestra civilización, y colocado al lado de Comenio y Montaigne, de Rabelais o Ratic, no sólo no se empequeñece, sino que, al contrario, se agiganta por su brío filosófico, por la brillantez de sus ideas, por la solidez de sus juicios y por sus vaticinios pedagógicos, que lo colocan, sin discusión, en la lista no muy numerosa de los grandes educadores.

Y si de la excepción pasamos a la generalidad, ¿qué diremos del desenfado con que se olvidan de Huarte de S. Juan, Feijóo, Ponce de León, Bonet, Jovellanos, Narganes, Montesinos, y muchos más que ni una línea han merecido en muchos casos de los historiadores de la Pedagogía de otros países? Dándose el caso, aun en nuestros días, de que Giner de los Rios, el maestro insigne, Manjón, el ilustre filántropo, y algún otro de tan merecida reputación en España, sean relegados al olvido más irritante en el extranjero. Y como no basta citar nombres, sino probar su valía y el influjo de sus ideas, paso al estudio comparativo de alguno de nuestros pedagogos, partiendo de nuestra primera figura renacentista.

Luis Vives

No se crea, sin embargo, que en el caso de Vives, el desconocimiento unas veces de su nombre y de su gran obra, y el desprecio o desprecupación en otras, tenga como única causa la leyenda que allende la frontera circula desde remota fecha acerca de España y de los españoles. No, el caso de Luis Vives es distinto; mereció los elogios entusiastas de Erasmo, una de las figuras más salientes de su tiempo en el campo filosófico; lo alabó extraordinariamente Tomás Moro, conoció a Enrique VIII de Inglaterra y a su esposa Catalina, educó a la hija de éstos la princesa María; fué preceptor de Guillermo de Croy, Arzobispo de Toledo; tuvo cátedra en Brujas, en Lovaina y en uno de los colegios de Oxford; se le llamó para desempeñar una cátedra en nuestra Alcalá.... No, las causas del casi olvido en que se tienen las ideas de Vives hay que buscarlas, en cierto modo, en nosotros mismos.

Todavía deberíamos hacer un nuevo distingo. Como filósofo, es mucho más conocido Luis Vives, lo mismo en España que fuera de ella, que como pedagogo. En este último aspecto, el olvido que pesa sobre las obras, ideas y noble personalidad del gran polígrafo valenciano es verdaderamente lamentable, y prueba claramente lo que sostenemos el hecho de que los candidatos al magisterio y los mismos maestros españoles conocemos más frecuentemente cualquier figura, aún de segundo o tercer orden del extranjero, que la de aquel insigne maestro, filósofo cristiano y precursor de muchas ideas modernas, lo mismo en el terreno pedagógico que en el filosófico, inconcebibles para el que no tuviese la ponderación de

facultades, el cerebro privilegiado y el bello equilibrio que caracterizó el ático espíritu de nuestro gran renacentista.

Pedagógicamente es Vives la figura más preeminente del renacimiento; otros le igualarán o superarán en filosofía pero en pedagogía es superior a todos sus contemporáneos. Después aparecerá la gran figura del siglo XVII, Comenio, que recogerá muchas de las ideas del pedagogo español, y que lo superará por su fé apostólica en la causa de la educación, por su infatigable lucha para crear la escuela popular y por el mismo contenido maravilloso de sus ideas pedagógicas.

Vives, sin embargo, ha inspirado a ese gran pedagogo y ha influido en casi todos los que le sucedieron, formando parte del idearium pedagógico moderno gran número de sus ideas..... Veamos algunas:

Lo que más debe admirarnos en Vives es su perspicacia psicológica, perspicacia que lo coloca en el escaso número de pedagogos anteriores al siglo XVIII, que han entrevisto los fundamentos científicos que la obra educativa exige. Rousseau afirmando la necesidad de conocer psicológicamente al niño y de formar una psicología de la infancia ha influido profundamente en la Pedagogía moderna; ¿cómo no reconocer un mérito inmenso al que dos siglos antes afirma el mismo principio y contribuye a su realización con su «Tratado del alma»?

«Desde luego, dice el filósofo valenciano, por radicar en el alma la fuente y origen de todos nuestros bienes y males, nada más conveniente que el conocerla debidamente, para que, una vez limpio el manantial, salgan puros los arroyos de todas las acciones: pues mal podría gobernar su interior y sujetarse a obrar bien quien no se haya explorado a sí mismo. En efecto, lo primero es conocer el artífice para saber qué actos hemos de esperar de él, para qué cosas es apto, ya como agente o paciente, y para cuales otras no lo es.»

En este y otros párrafos y en sus estudios psicológicos deja entrever claramente que en el siglo XVI aquel insigne español había llegado a adquirir la convicción de la necesidad de una psicología, base y cimiento sólido de toda construcción educativa. ¿Qué merito mayor podría atribuírsele a los pedagogos de su época que el de anticiparse en cerca de tres siglos a una de las ideas básicas de la Pedagogía actual?

Ha sido durante siglos la Pedagogía, como un recetario o formulario en que el que escribía sobre materia pedagógica pensaba en un niño ideal, sin realidad y sin posibilidad práctica de que el educador lo encontrara por mucho que lo buscara. Después de los trabajos de Herbart y los realizados por los modernos paidólogos, nadie vacilará en que el conocimiento psicológico nos dá la realidad del educando, y esta idea que dá a la educación su carácter *clínico* y que afirma con toda razón que no hay

reglas fijas de educación, sino educandos, la vemos expuesta claramente en los trabajos pedagógicos de Vives.

Alguien ha notado una semejanza apreciable entre nuestro Vives y el pedagogo alemán de principios del siglo XIX Juan Federico Herbart, pues como éste, ha dejado entrever en sus teorías pedagógicas que la psicología da al educador los medios para llegar al fin, fin que es para Herbart la formación de un carácter moral y para nuestro Vives la misma finalidad, pero con la distinción de que ese ideal moral se refiera exclusivamente a la moral cristiana.

Otro punto de semejanza entre ambos educadores es la preocupación por el interés; claro que esta palabra en la pluma de Herbart, toma un sentido más profundo, un significado más complejo que en Vives, pero la dirección es muy semejante, pues llega nuestro compatriota hasta a afirmar la necesidad de asociar en la educación, como una finalidad, los diferentes intereses.

Sorprende verdaderamente que tres siglos antes que Herbart, Vives presienta la famosa teoría de la *multiplicidad del interés*, en virtud de la cual el educando no será llevado a interesarse en un solo aspecto de la vida ni en un solo sector de la cultura. El interés unilateral producirá, a veces, beneficios científicos, pero desde el punto de vista social nada más frío y egoísta podríamos encontrar que el hombre que, despreciando las formas más elevadas del interés, el familiar, el patriótico, el social, el estético o el religioso, se encierra en la torre de marfil de su especialidad, desarrollando hasta la caricatura un minúsculo aspecto de una facultad y dejando inerte la personalidad entera, el hombre natural y social, el artista que en mayor o menor proporción todos llevamos dentro, y el hombre religioso que sabe el valor eterno de la conciencia y que en todas las acciones generosas de la vida ve un homenaje al Creador.

Herbart ha desarrollado la teoría entera del interés, pero ¿no es ciertamente una prueba de la intuición pedagógica de Vives el que tres siglos antes que los educadores alemanes la haya entrevisto?

¿Qué no podríamos decir si entráramos en un análisis detallado de su «Tratado del alma» o de su «Introducción a la sabiduría» o de la mejor de sus obras, la titulada «De Disciplinis»?

Pero no podemos dejar esta ligeras notas sobre Vives sin hacer notar que se ha anticipado a Bacon en el estudio del método de observación, que aplica constantemente en sus obras, sobre todo en las de carácter psicológico, como en el «Tratado del alma», donde a veces nos parece estar leyendo una obra del siglo XIX, y en la que en todo momento un educador de nuestros días recojerá consejos y doctrinas, que aplicadas en nuestra realidad actual, no tendrían ni esa vieja *pátina* que tanto ennoblece a

determinadas ideas y que en el caso de Vives se nos antojan flamantes conclusiones de la ciencia de nuestros días.

Su estudio acerca de la memoria, sus maravillosas intuiciones acerca de la asociación de representaciones, el mismo estudio que hace de las diferentes clases de memoria, del olvido, etc., explican que su influencia, señalada por nuestro ilustre compatriota el señor Bonilla y Sanmartín, sea marcadísima en los más notables pedagogos anteriores a Pestalozzi: Comenio, Neandro, Wolf, Ratich, Trotzendorf, Sturm, Locke y Roussau, sin contar a Elyot y otros ingleses, especialmente a los psicológicos de la escuela escocesa.

Es Vives el primero de los pedagogos del renacimiento que se ocupa de la escuela y de sus condiciones de instalación. Pide que se elija un lugar salubre, que esté lejos de lugares ruidosos, como talleres de herreros, canteros, etc. «Sin embargo, dice el filósofo valenciano, no querría yo un lugar demasiado risueño y gracioso que convidara a los alumnos a paseos demasiado frecuentes». En este último párrafo aparece el hombre que ha dejado a corta distancia la austeridad excesiva y la rigidez desconfiada de la vida docente medioeval.

Los maestros y sus condiciones, haciendo brillar de un modo particular las morales y las de carácter pedagógico, la índole de los estudios, cuanto se refiere a la educación de la mujer, de todo ello se ocupa nuestro pedagogo con un tino y una clarividencia admirables; y lo que más pudiera maravillarnos, el estudio de los discípulos y de sus aptitudes, siguiendo un método que, sin esfuerzo, pudiéramos llamar experimental, y como no podía menos de suceder, el principio froebeliano de la actividad del educando, también ha sido recogido por el clarividente intelecto de nuestro sabio compatriota.

Si ante el sabio hay que rendirse, ante el hombre nos sentimos sugestionados por su rectitud y su austeridad, demostrada en los momentos más culminantes de su vida. Así, por defender la causa de una reina, débil como mujer, frente a la indigna conducta del esposo, perdió el favor real y pasó por las tristezas de una prisión. Ni orgulloso, ni soberbio frente a las intrigas y vanidades de los pensadores de su época, resulta altamente ejemplar la conducta de este hombre, que más sabio y mejor que otros de sus contemporáneos, incluyendo al mismo Erasmo, sabía sonreír a la desgracia y recibir con un excepticismo cortés propio de un renacentista los ataques de los enemigos o los saetazos de los envidiosos.

Sus trabajos en favor de la paz entre los pueblos cristianos y sus continuas gestiones para acabar con las guerras exterminadoras de la humanidad, acabarán de pintar aquel generoso espíritu, que lo mismo que aspiró a levantar al hombre por la educación soñó en regenerar a los pueblos acercando los unos a los otros por el dulce calmante de la paz universal.

La Pedagogía de Jovellanos

Sería muy difícil, en un breve trabajo de la índole del presente, anotar las ideas originales de nuestra pedagogía nacional durante los siglos XVI, XVII y XVIII, pero no podríamos dejar de mencionar que los primeros ensayos fructuosos para hacer hablar a los sordomudos, son glorioso trofeo de nuestra historia de la pedagogía y honra inmensa de los españoles Fray Ponce de León y Juan Pablo Bonet.

Por fuerza, y para fijarnos en figuras más culminantes, o por lo menos más interesantes, por ser más próximas a nosotros, hemos de prescindir de las luminosas ideas educativas de pedagogos o ensayistas de la educación tan notables como doña Oliva Sabuco, Simón Abril, Huarte de S. Juan, Melchor Cano, Saavedra Fajardo, Feijóo, Sarmiento, sin olvidar a Ignacio de Loyola y Calasanz, fundadores de la Compañía de Jesús y de las Escuelas Pías, y no eliminando de la enumeración a la gloriosa pléyade de maestros conocida con el nombre *calligrafos españoles*.

Una figura interesantísima de la Pedagogía española del siglo XVIII y principios del XIX es Jovellanos, uno de nuestros más entusiastas apolo-gistas de la educación popular, sabio, erudito, fundador de un Instituto que lleva su nombre y uno de los hombres más notables de su época en materia de educación.

Una de las características de nuestro Jovellanos es el entusiasmo, rayano en apostolado, que puso en favor de las ciencias naturales y en su enseñanza. Ya estas ideas triunfaban fuera de España, pero si la realidad de nuestra enseñanza y educación era muy triste, el ideal sostenido con entusiasmo por Jovellanos y otros hombres eminentes, sobrepasa a las realidades e ideales de otros países.

Con acentos de una elevación extraordinaria ha preconizado Jovellanos la enseñanza de las Ciencias naturales en un tiempo en que apenas se ocupaban de ellas la generalidad de los pensadores, si se exceptúa algún especialista y tal cual médico.

Ha cantado el valor que las Ciencias naturales tienen para la educación, y después de ciento treinta años debemos repetir muchos de sus argumentos, para convencer a los que dan a la educación primaria y secundaria un carácter predominantemente literario, negando a las ciencias su poderosa influencia educadora y de un modo particular a las Ciencias naturales. Jovellanos ha sabido comprender la acción formadora de estos conocimientos, que despiertan nuestras facultades de observación, perfeccionan nuestros sentidos, desarrollan nuestras facultades superiores, desenvuelven nuestra sensibilidad artística, son hermoso alimento de nuestra memoria, regla de nuestra imaginación, fuente inagotable de poesía y manantial de donde fluye permanentemente nuestra religiosidad.

Leyendo algunas de sus páginas nos parece, por su gran semejanza, la hermosa apología que Spencer, el positivista inglés, ha dedicado en su obra sobre «La educación», a las ciencias naturales, rechazando el argumento de que al penetrar en las profundidades de la Naturaleza, ésta pierde poesía y sus mejores encantos.

«¿No es absurdo, sacrilego, decía Spencer, creer que cuanto menos se estudie la Naturaleza más se la reverencia? ¿Se puede imaginar que una gota de agua, que para el vulgo es sólo una gota de agua, pierde algo a los ojos del físico por saber éste que si la fuerza que reúne los elementos de que aquélla se compone quedase súbitamente en libertad se produciría un relámpago? ¿Se puede creer que esa roca redondeada, surcada de estrías paralelas, evoca tanta poesía en el espíritu del ignorante como en el del geólogo, que sabe que un alud de hielo se deslizó sobre ella hace un millón de años? La verdad es que aquellos que no han penetrado nunca en los dominios de la ciencia, son ciegos ante la gran poesía que los rodea. Quien en su juventud no ha coleccionado insectos ni plantas, desconoce el interés que inspira un seto o una pradera. Quien no ha desenterrado fósiles, no sabe cuántas ideas poéticas despiertan los lugares en que se hallan ocultos esos tesoros científicos. ¡Triste es, en verdad, ver cómo los hombres se ocupan en trivialidades y permanecen indiferentes ante los más admirables fenómenos; cómo se desdeñan de conocer la arquitectura de los cielos, mientras malgastan el tiempo en despreciables controversias acerca de las intrigas amorosas de María, reina de Escocia, cómo se aplican sabiamente a criticar una oda griega y pasan, sin notarlo, ante ese gran poema épico que ha escrito el dedo de Dios en las capas de la tierra!»

Párrafos como este de Spencer los encontraríamos en los escritos y en los discursos de Jovellanos, sin el desdén que aquél muestra por los estudios literarios, lo que hace sean más ponderados y razonables los argumentos de nuestro compatriota.

En su voluminoso tratado acerca de la «Instrucción Pública» encierra un número enorme de ideas originales, que prueban una comprensión clara y razonable de los trabajos y experiencias de los pedagogos extranjeros.

Cuando avisa a la Junta de Sevilla el peligro inmenso para el país de extender los estudios literarios, dando lugar a que jóvenes que por su nacimiento y circunstancias están destinados a ser industriales abandonen sus trabajos para dedicarse a la literatura. Cuando previene a la misma entidad del grave mal de extender las Universidades, con perjuicio evidente de la ciencia, ya que él las quiere «bien situadas, bien dotadas y sabiamente instituidas». Cuando expone la necesidad de extender aquellos estudios «de una utilidad más inmediata y general, por el influjo que tienen en la mejora de las artes y profesiones útiles». Y por último, cuando hace

la apología del dibujo, ¿no nos sorprendemos ante estas ideas expuestas por un hombre de! siglo XVIII?

Discurre con tan amplio sentido en todas las cuestiones, con tal patriotismo y espíritu científico, que por un momento nos damos cuenta de las persecuciones de que fué víctima, siempre en pugna con la tristísima realidad de la instrucción de su tiempo.

En todo su tratado de la «Instrucción Pública» palpita el entusiasmo de un novador, la fé de un convencido y el pleno conocimiento de quien ha leído y plasmado en su cerebro los pensamientos más geniales de educación, desde Platón a Rousseau.

En él encontraremos reglas metodológicas para todas las enseñanzas; un sistema de premios y castigos suaves, reconociendo siempre que es el ejercicio de la virtud la mejor recompensa; infinidad de ideas referentes a la organización de la instrucción y una aspiración a uniformar, que en su tiempo era ordenar, el caos científico, y en muchos casos vergonzoso de la enseñanza de su época.

Pero hay una idea pedagógica en Jovellanos, que ya enunció un español de la época romana, Quintiliano, a la que alude Vives con frecuencia, y que es en la pedagogía moderna principio científico indiscutible. Nos referimos a la afirmación pedagógica de que el periodo en que la educación más se desatiende, de los dos o tres años a los nueve o diez, es la época más trascendental para el hombre y en la que se genera cuanto de bueno o de malo ha de poseer el individuo. Contra lo que se piensa y se hace ordinariamente por los padres, las preocupaciones más honradas referentes a la educación del niño, debieran ser las de estas primeras épocas de la vida que se conocen con el nombre de preinfancia e infancia, y el valor de los maestros seguirá una marcha inversa a la de hoy, pues será más trascendental la labor del que educa un párvulo que la del que instruye un adolescente.

Dedicada por completo a demostrar la influencia de las primeras impresiones en la vida posterior del niño, escribió una obra el eminente Dr. Rubio, titulada «Mis maestros y mi educación», y dicho sea en honor de la verdad, sin apasionamiento de español y sin orgullo de andaluz, es una de las producciones más bellas de la literatura pedagógica mundial; y como de hacer valer la producción española se ocupa este trabajo, sirvan estas líneas de homenaje al insigne médico gaditano.

En virtud de este principio, quiere Jovellanos, que lo que el niño lea y escriba, sea un curso abreviado de doctrina natural, civil y moral, para que se vayan imbuyendo en su ánimo conocimientos provechosos y se ilustre su razón con aquellas ideas que son más necesarias para el uso de la vida. «Por este método, dice el ilustre asturiano, podrían los niños desde muy temprano instruirse en los deberes del hombre civil y el hom-

bre religioso, y recibir en su memoria las semillas de aquellas máximas y de aquellos sentimientos que constituyen la perfección del ser humano y la gloria de las sociedades».

Una última observación: El mérito de Jovellanos, como el de otros pedagogos españoles eminentes, estriba en que viviendo una realidad tan triste como la cultural española de aquellos días, hayan sabido levantar su ideal a tan elevada altura, imaginando al mismo tiempo normas prácticas y realizables de educación, sin poder inspirarse nunca en las instituciones educativas de su época, que sólo hubieran logrado perturbar el sistema de sus ideas.

De esta triste realidad nos ha dejado una acabada descripción un pedagogo español contemporáneo de Jovellanos, Narganes de Posada, al que hace algunos años dedicamos los modestos frutos de nuestro trabajo para hacer resaltar una figura de mérito, completamente ignorada en los libros españoles de carácter histórico pedagógico.

En todo tiempo hubo en nuestra patria maestros notables y educadores originales, y en muchas ocasiones teóricos como Gil de Zárate, inspirador de las más importantes reformas llevadas a cabo en España desde mediados del siglo XIX en Instrucción Pública; Montesinos, uno de nuestros más grandes pedagogos, cuyo nombre va unido a la creación de las Escuelas Normales y las de párvulos, y cuya figura, colocada al lado de la de los más grandes educadores de su época, de otros países, las iguala y en muchas ocasiones las supera. Por su gran capacidad científica, por su vocación y modestia y por su elevada espiritualidad, recuerda en unas ocasiones a Juan Macé y en otras a Félix Pecaut. Pero razones de espacio nos impiden en el presente trabajo hacer un estudio analítico de la obra de Montesinos, porque la atención nos es requerida por las dos grandes figuras pedagógicas del último tercio del siglo XIX y comienzos del XX: Giner de los Ríos y Manjón.

Don Francisco Giner

No voy a trazar de un modo completo la figura pedagógica de don Francisco Giner, porque carezco de autoridad para ello y porque ese honor debe quedar para sus íntimos, para aquellos de sus discípulos que alcanzaron la honra singular de que el maestro les llamara predilectos.

Si quisiéramos encontrar una figura semejante a la de Giner en el extranjero, sólo la hallaríamos en el país singular de la gracia ática, de la elegancia en el pensar y en el decir, la de los hombres universales, Francia, y dentro de ésta, en una de sus figuras más selectas, en uno de sus hombres más sugestivos, en Félix Pecaut.

En los educadores, en los hombres que aspiran a dirigir a sus semejantes, sugestionándoles normas de vida, aspiraciones e ideales y un sen-

tido profundo de la existencia, hay un aspecto anterior a su contenido mental y a sus teorías morales y religiosas, que es el de su vida práctica. Siempre que trabajamos conocimiento con las obras de un educador, lo primero que nos preguntamos es ¿cómo ha sido el hombre? ¿cuál fué su vida? ¿fué feliz o desgraciado? ¿fué su existencia ejemplar?

En el caso de D. Francisco Giner, la vida tiene un interés relevante, como ocurre con las de Pestalozzi y Girard en un aspecto, o con las de Pecaute y Horacio Mann en otro; porque en D. Francisco Giner la vida es inseparable de su obra, la influencia del hombre fué superior a la mentalidad del sabio, su contacto elevó más que sus libros y que sus ideas..... En sus últimos años su historia, sintetizada en su figura sencilla y venerable, era un instrumento educador para sus discípulos, más fuerte que toda la aparatosa complejidad de un centro docente.

¿Cómo fué D. Francisco Giner? Un discípulo nos lo ha descrito con pocas palabras: «Fué ejemplar toda su vida. La consagró a los más altos ideales; puso en cada momento su alma entera. Y, sin embargo, resultaba en sus palabras y acciones tan sencillo, tan abierto, tan como todo el mundo, que siendo su vida admirable, todavía de ella, al revés de lo que el *Flos sanctorum* afirma de la del Estilita podría decirse: Vida más para imitada que para admirada. Austero, heróico, D. Francisco sabía lo que valían el trabajo y el sufrimiento y las lágrimas: nada puso jamás por encima del cumplimiento del deber. Cada minuto de su vida era una lección. Pero tenía en el más alto grado aquella cualidad que Herder consideraba como la primera para los educadores: «la gracia».

En estas líneas queda hecho su retrato; fué como todo el mundo, no se presentaba como un ideal de perfección conseguida tras una lucha heroica y siguiendo senda espinosa. Al contrario, por su llaneza y figura sencilla, por su bondad simpática y su gracia andaluza, por la amplia tolerancia de su espíritu y los sentimientos elevados de su corazón, era el maestro algo íntimo de los alumnos, respetado y amado, admirado siempre, pero nunca temido, salvo en los casos excepcionales, en que una mala acción daba sombría faz al alumno que la cometía, por contraste con la proyección de virtud que emanaba de la personalidad del maestro.

Con una palabra, con un gesto, con un asomo de pena en su rostro producía efectos psicológicos sorprendentes entre sus alumnos. Una ironía, una fina burla, un gesto doloroso eran en el maestro como corrientes eléctricas, que ya paralizaban a los discípulos, ya los excitaba y animaba a vencer las dificultades de cualquier índole.

De su contenido ideológico se tendrá una clara idea diciendo que en sus numerosos artículos, en sus libros y en sus obras prácticas de educación, ha tratado cuantos problemas constituyen la médula de la pedagogía moderna.

De su concepción educativa dará clara idea este párrafo de su obra póstuma «Ensayos sobre educación»: «Daría todos los millones de Rothschild, y aún de Mackay, dice Giner, por ver qué cara pondría, v. gr., un catedrático de Química o de Derecho mercantil, si oyera que él tiene que cuidar de que sus discípulos no frecuenten las casas de juego, los burdeles y demás esferas análogas de la administración; de que sean varoniles, sinceros, honrados, laboriosos, cultos, limpios y hasta elegantes; trabajen por inclinación y no por *ganar año* (que debiera llamarse *perderlo*); guarden costumbres puras, adquieran gustos nobles y aborrezcan la vulgaridad, la informalidad, la suciedad, la pereza, la envidia y la mentira».

En este párrafo muestra a las claras el maestro la amplitud generosa de sus aspiraciones educativas, aquel concepto formativo que culmina en la posesión de un carácter, y para el que la instrucción sólo es un medio, muy importante, pero en todo caso relegado a conseguir tan alta finalidad.

Constantemente preocupado con el problema de formar al educando, de templar su espíritu y excitar su inteligencia, ha protestado contra los obstáculos que un formalismo docente mal entendido ha acumulado contra la obra educativa y de un modo especial contra los exámenes absurdos, principal finalidad de nuestra vida docente oficial, y contra las vacaciones, que interrumpen la continuidad en la labor educativa.

Como pocos hombres de la pedagogía universal, comprendió ese proceso de la educación, y como pocos supo investigar y aquilatar todos los elementos que intervienen en esa obra artística de formar un alma, de forjar un espíritu y de levantar y excitar un corazón. Así, cuantos elementos contribuyen a realizar la obra, fueron objeto de su estudio y todos han recogido los maduros frutos del pensamiento del sabio, lo mismo lo material de la obra, como el edificio y el campo escolar, que lo personal, el maestro y el discípulo; ya los medios, métodos y procedimientos que muestran claramente la originalidad de D. Francisco, ora los fines elevados y dignos, matizados con una profunda religiosidad, ora el ambiente, que fué una de sus preocupaciones y en cuyo estudio, por lo que hace referencia a la obra educativa, nadie le aventaja.

Difícil sería hacer un estudio completo de lo que se encuentre de original en el idearium pedagógico de D. Francisco Giner, pero su corriente educativa es la más humana, la más profundamente humana de cuantas se hallan en la senda que empieza con el santo pedagogo de Zurich, Juan Enrique Pestalozzi y culmina en Francia con Félix Pécaut y en España con el insigne D. Francisco.

De la influencia del hombre, dan clara idea sus numerosos discípulos, sus adeptos, amigos y admiradores. Han pasado algunos años de su muerte y todavía no hace muchos meses, uno de sus discípulos, hablándome del maestro, lloraba recordando al insigne educador.

Hablándonos de Giner, ese discípulo que goza de sólida reputación científica, nos decía que en el arte de preguntar, en ese arte difícil que encierra en sus arcanos todo el secreto de la gracia pedagógica y de la eficacia en la educación, nadie había superado a D. Francisco; afirmando que el mismo Sócrates, el maestro de la pregunta, el fundador del método que lleva su nombre, preguntaría igual que D. Francisco, mejor nunca. Como el maestro griego, Giner iluminaba sus preguntas con finas ironías, mezcla de humorismo culto y de gracia andaluza, y con su arte elegante de la palabra y con la sugestión que emanaba de toda su persona, excitaba a las inteligencias y levantaba las voluntades hasta conseguir que el alumno descubriese lo que el maestro quería enseñarle.

Exigía seriedad y nobleza, dignidad y elevación a todos sus discípulos; lo importante en el hombre, como en su obra práctica de educación la Institución Libre de Enseñanza, era la orientación. El detalle no tenía la importancia que una concepción mezquina de la vida concede al por menor; la línea seguida, la espiritualidad, el carácter, la tolerancia, esto, y no el detalle, era lo trascendental para D. Francisco.

Tolerante como nadie, supo ser D. Francisco. Como nadie respetó el modo de pensar ajeno, y cuando se sentía atacado, su dolor lo ahogaba con un olvido generoso de la acción y del actor. Si su discípulo, o mejor, hijo espiritual, el ilustre Cossio, ha podido prolongar su obra póstuma con el significativo título «Este es un libro de paz», nosotros diríamos del hombre lo que Cossio dice del libro, fué un hombre de paz, predicó la armonía, jamás calificó ruda o torpemente a nadie, tuvo la proporción de un griego y el espíritu fino de un ateniense, el humanitarismo de un Pestalozzi y la sugestionabilidad de cualquiera de los grandes educadores modernos.

En su arte de preguntar, en ese supremo gesto de maestro, que es a la vez inteligencia y sentimiento, sugestión y excitación, en ese arte de don Francisco, como en el de Sócrates, se esconde potencialmente una fé optimista en la naturaleza humana, una afirmación rotunda de las fuerzas naturales.

Frente a los educadores que desconfían y por ende coaccionan en todo momento al educando, y frente a aquellos otros que por su exagerado optimismo han sido llamados *aduladores de la infancia*, Giner representa el medio ponderado. Ni coacción que irrite, ni adulación que degrade, fé en lo que la naturaleza depositó en nosotros y fé en la obra educativa, que bien encauzada, despertará esas energías latentes, hasta acercar el educando al tipo moral que nos hemos propuesto.

Giner, cuando daba una lección, jamás desmentía a los alumnos, jamás anonadaba al discípulo con ese aire de superioridad del dómine pedante. El mayor disparate en la contestación era acogido sin sorpresa, con aire de meditación, siendo en él como un estímulo para formular nuevas preguntas

que sacaran al alumno del error e hicieran al mismo tiempo la clase fructífera y educativa para todos. Sus discípulos siguen el mismo sistema y en aquellas cuestiones opinables, muestran una gran tolerancia y respeto para el alumno. De este modo la ciencia entra en los espíritus a vueltas de tuerca, si me permitís la frase, y no con la furia del martillazo o con la rapidez de una explosión.

Francia, hemos dicho, que produce casi en la misma época que Giner, un educador elevado de su mismo abolengo espiritual y con corrientes ideales bastantes parecidas. Pecaüt, en efecto, puede ser estudiado en cierto paralelismo con D. Francisco Giner, por su pensamiento pedagógico, por su espiritualidad fina, por el núcleo de sus aspiraciones y hasta por el sentido total de su vida y de su obra.

Del mismo modo que el nombre de Giner va unido a la fundación de la Institución libre de enseñanza, el de Pecaüt se une a la obra de formar profesoras normales en la ya célebre Escuela de Fontenay. De lo que fué Giner, nos damos cuenta por sus discípulos; de lo que ha sido Pecaüt nos damos una idea perfecta por el recuerdo imborrable que ha dejado en el corazón de sus discípulas.

Pecaüt solamente daba una clase a las futuras educadoras, una clase matinal a las siete y media, en ese ambiente de pureza que se respira en el campo a esas horas de la mañana, y que es a la vez tónico del espíritu y del cuerpo, excitante del sentimiento e invitación a ese asosegado meditar que tanto amaban el educador francés y el pedagogo español. Pecaüt hablaba en esa conferencia matinal, a sus discípulas, de todo cuanto él creía interesante y propicio para que aquellas jóvenes formaran un concepto de la vida y de sus destinos; para que aprendieran a amar a la patria con santos fervores y a la humanidad con amores fraternales; para que formaran su conciencia aprendiendo a cumplir con su deber y a sacrificarse por sus semejantes; para afirmar sus ideales de educadoras con la fé en Dios, en sí mismas y en la humanidad.

¿De qué habla en estas clases matinales?, dice un autor francés: De todas las cosas, de un pensamiento de Pascal o de un verso de Víctor Hugo. Frecuentemente de los acontecimientos del día; de las penas nacionales, de la muerte de Ferry, del incendio de la Opera, de la dimisión de Casimiro Perier... ya de una conferencia en la Sorbonna, de un discurso de la Cámara o de un libro nuevo».

¿No es el sentido de D. Francisco en sus paseos y conversaciones con sus discípulos el mismo, si prescindimos de lo nacional de ambos espíritus, que el mostrado por Pecaüt en sus pláticas matinales? ¿No ha sido la influencia de D. Francisco predominantemente moral, nacida del contacto de sus alumnos con su fuerte, con su recia personalidad? ¿No ha pensado D. Francisco, como Pecaüt, que la labor educativa exige una continuidad

y engendra unos afectos que no pueden, ni deben relajarse en toda la vida? Por eso no son extrañas las coincidencias prácticas de ambos educadores. Pecaüt sostuvo siempre una activa correspondencia con sus exdiscípulas, animándolas y excitándolas al cumplimiento de sus deberes, consolándolas en sus aflicciones, felicitándolas en sus triunfos; verdaderas cartas espirituales, hermosamente escritas y que constituyen una parte no poco importante de su obra.

D. Francisco seguía desde muy lejos, paso a paso, la vida de sus antiguos discípulos y en la ocasión propicia nunca faltó el billete o carta con una frase levantada que era, dice uno de sus discípulos, «como un apretón de manos en el momento oportuno».

Pecaüt siempre, en todo momento, aprovechaba cualquier ocasión para corregir, para levantar el corazón o la conducta de sus discípulas.

D. Francisco, entre los niños y niñas de la Institución, o entre sus discípulos universitarios, era algo íntimo cuyas frases, aún dichas sin concederle importancia, sonaban inquietantes, durante muchas horas, en los oídos del que las motivaba.

Como ningún educador, ha sabido D. Francisco conversar interesándolos extraordinariamente, con el niño de diez años, con el joven de diez y siete y con el aspirante a Doctor que frecuentaba su cátedra de Filosofía del Derecho.

¿Qué es para D. Francisco Giner la educación? Según nos la ha dejado definida en su «Pedagogía universitaria» es: «Una acción universal, difusa y continúa de la sociedad (y aun del medio todo) dentro de la cual la acción del educador, intencional, que podría decirse, desempeña la función reflexiva, definida, discreta, propia del arte en los demás órdenes de la vida, para excitar la reacción personal de cada individuo y aún de cada grupo social, para su propia formación y cultivo: todo ello, mediante el educando mismo y lo que él de suyo pone para esta obra, ya espontánea y como instintivamente, ya en forma de una colaboración también intencional».

La educación intencional, por lo tanto, es para Giner una excitación personal del educador sobre el educando, hasta conseguir que aquél contribuya activamente a la consecución de su propia perfección.

Ante esta concepción educativa, que recoge de Pestalozzi y Fröbel, lo más profundo y original de sus doctrinas, ampliando estas ideas con deducciones de maravillosa originalidad, fácil es suponer la posición escéptica de D. Francisco, ante la Pedagogía oficial, formalista y reglamentista, con la espiritualidad de una oficina en la que se estancan los títulos que se entregan a los discípulos, mediante unas pruebas, siempre del mismo corte, que se denominan exámenes.

D. Francisco, partidario de un desarrollo armónico, respetuoso con

la tendencia de cada espíritu, sin el fetichismo del programa y del libro, no podía ver con simpatía una tendencia docente, que en la mayoría de los casos aspira a agotar el programa, sin preocuparse lo más mínimo de si el alumno ha mejorado, alcanzando un tipo mental y moral superior al que poseía.

¿Qué puntos no habrá tocado el cerebro prodigioso de Giner en lo que concierne a la educación en general y a la española de un modo particular? ¿Qué fase del desarrollo humano no habrá recibido de su pluma el fruto maduro de sus vigiliias y trabajos? ¿Pues y su cultura? La Filosofía clásica y la moderna, el Derecho en su aspecto más elevado y transcendental, la Pedagogía en todas sus fases y países, la Biología y los estudios geológicos, la Historia, el Arte y su crítica, los idiomas, ¿qué escapó a la aplicación y espíritu sagaz de este hombre extraordinario?

Su vida fué un anhelo constante, su patriotismo era profundo y sentido, demostrado en todo momento, aún en los más críticos. Cuenta el señor Altamira (que le ha dedicado un libro) que después de los decretos sobre enseñanza de Orovio, de funesta recordación, y habiendo sido separados de sus cátedras Giner, Azcárate y Salmerón, y renunciado a seguir las ocupando Castelar, Moret, Montero Ríos y otros no menos ilustres, fué llamado Giner, dice el señor Altamira, para rogarle en nombre de Cánovas que retirase la protesta, pues éste aseguraba que el decreto ministerial, con el que no estaba conforme, no llegaría a cumplirse. Giner contestó, con toda altura y dureza, que el señor Cánovas tenía la «Gaceta» para deshacer la iniquidad que desde ella se había hecho, y que no podía pretender de él una indignidad.» Aquella noche fué encarcelado y más tarde conducido preso a Cádiz, donde habiéndole ofrecido su apoyo el cónsul inglés en nombre de su país, contestó Giner irónicamente, «que el gobierno español sabría lo que hacía, y que, sin duda, había obrado y resolvería justamente».

Pero esos son los tiempos de juventud, de lucha y de pasión que a medida que transcurrieron los años cedieron su puesto al hombre de que nos hemos ocupado, al educador de varias generaciones, al sembrador de ideas, al inspirador de muchas gentes de valía, al que ha excitado al Madrid de nuestros días a disfrutar las bellezas naturales de su Guadarrama, al que ha formado hombres preclaros en todas las esferas de nuestro pensamiento, al hombre, en fin, del que ha dicho Luis de Zulueta que «lo mejor de él era su personalidad total. Cada uno de sus nobles caracteres adquiriría valor, proporción y pleno sentido de armonía con todos los restantes. Así, según el diverso punto de vista de sus discípulos, a unos les parecía un Sócrates y a otros un San Francisco de Asís. La austeridad en él se templaba con la gracia; sus pensamientos más abstractos parecían una obra de arte; engrandecía lo más pequeño y completaba lo más grande y

heróico de su apostolado con ciertos perfiles de intimidad delicada o de finura andaluza; fué universal y rondeño firme y ondulante, maestro y camarada, ejemplo de santidad y amigo de pecadores, sabio, justo, bueno y, por encima de todo, humano, humano».

Un pedagogo norteamericano nos decía hace algunos meses, que don Francisco es una de las más grandes figuras de la Pedagogía moderna. Europa le debe una reparación, y España el haber adquirido con su nombre una de sus figuras más universales.

El Padre Manjón

En la epopeya grandiosa que un grupo selecto de la humanidad tiene emprendida contra la ignorancia y el vicio, contra el error y la incultura y en favor de la escuela y de la educación, España produce una figura contemporánea, émula de los Pestalozzi y de los Bosco, de los Girard y de los Lasalle, que es la del Padre Manjón.

Se hace difícil juzgar las obras de los hombres, cuando estos viven cuando aún luchan, cuando aún publican libros doctrinales, cuando como por fortuna en este caso, el inspirador y fundador de las escuelas manjonianas, todavía las dirige y estimula con su venerable presencia. Pero aún se hace más difícil juzgar de una obra cuando una amistad y una admiración sentida nos una al obrero con vínculos más fuertes que el mismo parentesco o que la íntima amistad, porque brotan de lo más profundo de nuestro espíritu, de esa zona que existe en todas las almas, y en la que se guardan, junto con recuerdos y anhelos, las mayores admiraciones y las más hondas simpatías que sentimos en la vida.

Y este es nuestro caso con D. Andrés Manjón y esta es nuestra posición con este hombre singular, filántropo y pedagogo español de noble abolengo espiritual y gérmen dichoso de la transformación de ese pueblo, orgullo de nuestra Andalucía y síntesis rara y admirable de todas las bellezas que el arte y la naturaleza depositaron en nuestro suelo.

Y decimos que ese es nuestro caso con D. Andrés Manjón, porque al visitar sus Escuelas, al contemplar su obra, sentimos por el maestro esa inexplicable simpatía que debieron sentir en los comienzos del siglo XIX los numerosos visitantes, que acudían a Suiza sólo por ver oír al fundador de la escuela popular moderna, al padre de la intuición en la enseñanza, al más celebre de todos los pedagogos, a Juan Enrique Pestalozzi. Y después de esa visita, sentimos obstruidas las fuentes de nuestro pensamiento, pareciéndonos que la crítica más noble y desinteresada, la que brota de nuestras convicciones técnicas, pudiera parecer despego al maestro, desafecto al gran educador, poca adhesión al filántropo genial que, como el santo pedagogo de Zurich, ha podido exclamar: «He vivido como un mendigo, para enseñar a los mendigos a vivir como hombres».

En esta situación de ánimo, ¿cómo hablar de Manjón? ¿Y cómo eludirlo de una exposición de nuestros valores pedagógicos modernos? Aunque breves, nuestro trabajo exigía unas notas acerca de la obra y acción de D. Andrés Manjón en nuestra educación Nacional

Él mismo nos ha contado en esas notables Hojas del Ave María, los comienzos de su obra, siguiendo los estímulos de una pobre maestra de una ínfima *amiga*, que por dos o tres céntimos por niño, enseñaba los pobres rudimentos de la más elemental enseñanza, en una cueva de gitanos del camino que va de Granada al Sacro Monte.

La labor pasó de la escuela al carmen, «de la huronera ahumada y mal oliente, dice el maestro, a la colonia escolar permanente, establecida en lo más sano y bello que Granada tiene, que son sus cármenes de Valparaiso».

Manjón ha tenido una franca tendencia a instalar las escuelas en pleno campo, rodeando al niño de ese ambiente natural, que además de salud para su cuerpo, es fuente inagotable de instrucción, estímulo de la virtud, recreo del espíritu y, lo que es más necesario en la obra educativa, contacto continuo del niño con el Creador y con su obra.

¿Habeis visitado la escuela matriz de las del Ave María? ¿Habeis paseado por esa senda florida que conduce a la primera escuela manjoniana? ¿Habeis contemplado el magnífico panorama que desde la escuela se divisa? El Sacro Monte a lo lejos, los torreones de la mágica Alhambra, el valle del Paraiso a los piés, y como homenaje a la obra del insigne burgalés, el rio besando los cimientos de una escuela que quiso levantar al hombre por la educación, no consintiendo que en medio de estas bellezas únicamente él fuera nota desentonada y vulgar en el bello parage que eligió Manjón para sus primeros ensayos filantrópicos.

En 1889, nuestro compatriota establece las escuelas permanentes al aire libre, en pleno campo, antes que Alemania estableciese sus escuelas de Chalottenburgo, antes que en Francia se fundaran las escuelas campesinas, antes, en una palabra, de que el movimiento naturalista que en principio procedía de Rousseau, alcanzara el hermoso apogeo que hoy contemplamos. Esta anticipación gloriosa en el movimiento pedagógico actual, es justo reconocérsela a Manjón y debemos ser más parcios en admirar las instituciones escolares campestres del extranjero, teniendo en nuestro propio solar las más bellas escuelas al aire libre del mundo.

Que a tales escuelas tenían que corresponder métodos y procedimientos originales de enseñanza, será inútil decirlo. La escuela, como entidad material, influye sobre el aspecto metódico de la enseñanza más de lo que ordinariamente se cree, y ningún maestro de las escuelas de Manjón emplearía los rutinarios y clásicos métodos, que en muchos casos han de ser empleados en las tristes mazmorras de las calles C o B.

Pero si el maestro es D. Andrés Manjón, con su espíritu fino de hombre sabio y con su cultura de universitario, entonces hay derecho a esperar toda una serie inacabable de innovaciones, de métodos originales, de disposiciones pedagógicas y de finas observaciones.... que es precisamente lo que ha hecho nuestro pedagogo y lo que le ha dado tan justa celebridad.

No se crea, sin embargo, que aceptamos cuanto el ingenio de D. Andrés ideó para hacer asequible a los niños toda clase de conocimientos. No se piense que llevado de nuestra admiración no hayamos separado en nuestro espíritu lo que hay de eterno en la obra del P. Manjón, lo que hay de original y lo que hay de equivocado, y si os parece mal la frase, de exagerado en sus métodos escolares.

Ante todo, debemos reconocer en Manjón un glorioso continuador de Pestalozzi y de Fröbel, más aún del primero que del segundo. Del pedagogo de Zurich tiene la fé en la intuición, y en este sentido el genio del P. Manjón ha dado a la Pedagogía inmensa cantidad de recursos para facilitar la comprensión del niño, constituyendo su material escolar cuanto está al alcance del maestro y del discípulo, siendo parte integrante de ese material el mismo niño, que personificando un héroe histórico, un pueblo, un fenómeno o un astro, lo convierte en actor y ejecutor de la obra educativa.

De Fröbel, ha recogido el principio profundo y transcendental de que la obra educativa sólo puede realizarse mediante la actividad del niño, desarrollando el pequeño creador que todo educando lleva dentro, el pequeño artista que la enseñanza corriente atrofia unas veces y deja sin desenvolver otras.

Sus principios pedagógicos, resumen de los que la Pedagogía ha constituido en su penoso caminar a través de la historia, están matizados de un sello personal, que lo encontraríamos en cuanto ha pensado y ha escrito Manjón. Los acepta el insigne canonista, pero al pasar por su privilegiado cerebro, adquieren una claridad portentosa, un sentido más real, pareciendo como si, en contacto con las bellezas naturales y artísticas del solar granadino, reflejaran algo de la tierra feliz donde fueron enunciados y aplicados por la mágica virtud de este nuevo Girard.

Esos principios, en una ligera enumeración de los mismos, se refieren unos a la educación y otros a la enseñanza.

Al hablar de educación, no podía olvidar Manjón que son los fines los que marcan la pauta que todo educador ha de seguir, y como pedagogo de su tiempo nos dice que esos fines son: «formar caracteres, o sea hombres que sean hombres, esto es, cabales y perfectos, que aspiren constante y enérgicamente a fines altos y nobles, subordinando a ello todas sus pasiones, intereses y acciones.

Partidario de una sincera educación integral, que contrastando con lo

que ocurre ordinariamente ha practicado más que la ha proclamado, la ha preconizado con elocuentes palabras: «hay que educar todo el hombre, y hay que educarse tal cual es, dice en uno de sus libros, tal cual Dios le ha hecho y le quiere, y no como a nosotros se nos antoje; hay que educar su cuerpo y su alma, y en ésta y en aquél, sus facultades y aptitudes en relación con sus fines individuales y sociales, temporales y eternos».

Sería largo seguirlo a través de sus principios acerca del comienzo de la educación, de la terminación de la misma, de la continuidad en la obra educativa, de la directiva, de las direcciones que deben darse a la voluntad y al carácter... pero siempre y como factor común se deja traslucir en Manjón la convicción de que el educador influye de tal modo en la obra, que la eficacia de los principios depende exclusivamente de la vocación, espiritualidad y fé en la obra del educador que la realiza.

Pues ¿y sus principios acerca de la enseñanza? Principios que no se han sostenido por Manjón retóricamente en libros y publicaciones, sino que han pasado al papel cuando una larga y sabia experiencia los ha vivificado y modificado con la enérgica imposición de la realidad.

Acerca de las enseñanzas que debemos suministrar, nos dirá que éstas serán: «Religión Lengua, Patria, Cálculo. Arte y Naturaleza». Por mucho que pensemos, por mucho que la Pedagogía extranjera sutilice para aparecer ante el mundo con un enérgico sello de originalidad, fuera de esta enumeración nada encontraremos que pueda considerarse como fundamental en la consecución de las altas finalidades que Manjón, como todo gran educador, se propone al realizar su misión educativa.

Sus definiciones de la escuela y de la educación muestran claramente la justicia que nos asiste al incorporar a nuestro compatriota en la Historia de la Pedagogía, al lado de los más insignes educadores que la humanidad haya producido.

Así, cuando dice que «la escuela es el gimnasio del cuerpo y del alma y en los gimnasios hay siempre acción, movimiento, higiene, actividad y alegría»; cuando afirma que la educación no es acumulación de ideas, sino desarrollo de aptitudes; cuando nos habla de la influencia fascinadora de la Naturaleza y del Arte en la escuela; cuando defiende la escuela completada con el taller, aparecen claramente la amplitud de los puntos de vista del insigne fundador de las escuelas del Ave María y los filantrópicos anhelos de este nuevo apóstol de la educación popular.

Sintetizar los procedimientos que Manjón ha inventado para hacer eficaz la intuición en la escuela, sería largo y traspasaría los límites de este trabajo, siendo aquí precisamente donde tendríamos que hacer algunos reparos, a los que pudiéramos llamar *aplicaciones* de los métodos y procedimientos manjonianos.

Pero haciendo abstracción de esos distingos que pudiéramos hacer a al-

gunos de los procedimientos aplicados en las escuelas del Ave María, hay que rendirse admirados ante la fertilidad inagotable de medios puestos en práctica por nuestro ilustre compatriota, para hacer fáciles a los niños aquellos conocimientos que parecían por su índole imposibles de hacer llegar a sus débiles inteligencias.

Los libros de Manjón son notabilísimos. En ellos nos relata toda la historia de sus escuelas y por ellos llegamos a conocer los tesoros espirituales de su insigne fundador. Todo maestro español debiera poseer esos libros, castizamente escritos y preciosa e inagotable cantera en la que el educador puede recojer a diario las mejores sugerencias para su labor docente.

Hojead ese libro notable que se titula «El maestro mirando hacia adentro» y tendreis la prueba inequívoca de la elevada idealidad del P. Manjón, de sus afanes apostólicos, de su concepción casi sublime de lo que debe ser un educador. El libro constituye un verdadero legado espiritual que Manjón entrega a los maestros españoles y por el cual nuestra gratitud debe ser imperecedora.

Los que han visitado las escuelas de Manjón, hombres de todos los países y de todas las religiones, le han dedicado los más fervientes homenajes; pues si alguna vez han discutido los detalles y hasta los principios de las escuelas manjonianas, ante el hombre se han descubierto y rendido, y ante el filántropo han sentido admiración y envidia.

Hombres del temple de Manjón se producen pocos y de tarde en tarde. Su obra quedará como uno de los ensayos pedagógico-filantrópicos más admirables y más acabados. Miles de jóvenes hoy educados por el mágico poder de Andrés Manjón, bendicen el nombre de éste y son los mejores propagandistas de sus escuelas. En ninguna obra filantrópica se respeta tanto al niño y su libertad como en las escuelas del Ave María.

Nada más podemos decir hoy. Si Dios nos dá vida, algún día dedicaremos los humildes frutos de nuestra labor a estudiar de un modo completo su figura y su obra; pero para retratarlo, ninguna frase mejor que la que un día dedicó Pestalozzi al P. Girard, y que nosotros aplicamos a nuestro compatriota: El P. Manjón con el barro hace oro.

ANTONIO GIL MUÑIZ.

